

## RESEÑA DE LIBROS

## II. LINGÜÍSTICA

BONFANTE, L. ET ALII, *Leyendo el pasado. Antiguas escrituras del cuneiforme al alfabeto*. Madrid, Akal, 2003. 421 pp.

Libro interesante y práctico este, introducido por J. T. Hooker y con capítulos sobre la cuneiforme (C. B. F. Waker), los jeroglíficos egipcios (W. V. Davies), el alfabeto primitivo (J. F. Healey), las inscripciones griegas (B. F. Cook) y el Etrusco (L. Bonfante). Bien ilustrado, bien organizado, atento no solo a la descripción de las diferentes escrituras, también a su evolución, también a las lenguas que escriben y a la historia de cada proceso creativo.

Si se quisiera hacer alguna crítica, habría que hacerla a que la obra original inglesa, aquí traducida, es de 1990, con lo que la bibliografía queda, a veces, inevitablemente atrasada. Por otra parte, hay que hacer constar ante el lector que no se trata de una historia general de la escritura, no se habla, si no es ocasionalmente, de las de la India y China, aunque no faltan alusiones, ni tampoco al maya y a diversas protoescrituras en varios lugares del mundo.

La Introducción de Hooker es muy interesante y apunta a que las escrituras de Sumeria, Egipto y China, pese a su diferencia externa, tienen características internas (combinación de logogramas, signos silábicos y determinantes) quizá procedentes del sumerio. ¡Hay hasta un texto bilingüe chino y siríaco en Sian, en China! El aislamiento nunca ha sido absoluto, la arqueología lo confirma.

También es importante en esta Introducción una visión general de toda la creación de la escritura y, dentro de ella, de la alfabetización.

Lo característico del libro es la presentación de los hechos factuales, clara y precisa, acompañada de ilustraciones, sin embarcarse en hipótesis (que algunos echamos de menos, sin embargo). El ambiente comercial y económico de la primitiva escritura, en torno en general a los palacios y centros económicos, queda clara.

Muy interesante es el capítulo de Walker sobre la cuneiforme: origen y desarrollo, descripción de tablillas y monumentos, información sobre escribas y bibliotecas, expansión geográfica (el eblaita, elamita, hetita, hurrita, urarteo, ugarítico, persa antiguo), historia del desciframiento (a partir de este último, como se sabe). También hay un capítulo curioso sobre las falsificaciones.

Importante también el capítulo de Davies sobre los jeroglíficos egipcios: suministra una visión clara sobre la lengua y las sucesivas escrituras, del jeroglífico al

copto. También sobre los principios de la lengua y de estas escrituras, con detención en el tema de la alfabetización y sus orígenes. No contento con esto, añade una «pequeña gramática básica» y la historia, muy detallada, del desciframiento a partir de la piedra de Rosetta.

Sobre la Linear B y escrituras afines escribe John Chadwick, un renombrado especialista, hoy muerto, que colaboró como se sabe en el desciframiento (conservo como oro en paño la primera publicación del mismo, de él y Ventris). Todo es claro y bien expuesto. Quizá con lagunas en los últimos descubrimientos sobre el chipriota. Y con esa asepsia muy inglesa que se niega ni siquiera a mencionar las hipótesis. De las existentes sobre Pakijana y sus reyes-wanax, así como sobre la religión micénica, las que he propuesto y otras, apenas se dice nada. Y la buena descripción de la Linear A no apunta hipótesis sobre sus orígenes. Tampoco sobre el disco de Festo.

Mucho interés tiene el capítulo de Healey sobre «El alfabeto primitivo». «Los alfabetos primitivos», diría yo más bien. Presentan novedades sobre los primeros intentos de escritura alfabética en las inscripciones proto-sinaíticas, es interesante el detalle de la exportación a Occidente de los alfabetos y la creación del alfabeto árabe a partir del arcaico de Edessa y los Nabateos.

En cuanto a las «Inscripciones griegas», de Cook, ofrece una buena descripción de las mismas. Añade lo relativo al origen del alfabeto griego (hacia el 750, en el N. de Siria, quizá en Al Mina como proponen Hooker y otros). Pero más que la parte lingüística es atendida la propiamente histórica y arqueológica. Con excelentes ilustraciones.

Buena descripción, finalmente, la que L. Bonfante hace de la lengua, la escritura y los monumentos etruscos, con buenas ilustraciones también. Pero la asepsia alcanza límites excesivos. Ni una palabra sobre el tema del origen de los etruscos (que creemos que vinieron de Asia, aunque la escuela de Pallottino imponía un veto terminante). Nada sobre el origen de la lengua: mis propuestas sobre un origen indoeuropeo anatolio no son ni citadas. De la idea de que esta es la verdadera manera de hacer ciencia, discrepo profundamente.

La bibliografía es mínima y toda inglesa y alemana. ¡Mal sistema! Deberían retirarlo ya de una vez. Y más una autora italiana.

Libro, pues, útil y práctico, con las limitaciones que señalo. Y otra más: por prescindir de las lenguas y escrituras que no entraban en el horizonte de los autores, es extraño que hayan olvidado las escrituras de base griega en Asia Menor (Frigio, lidio, etc.) y en Occidente, como base para la transcripción del celta en la Galia e Iberia, como fuente de alfabetos indígenas en Iberia y Tartessos. Esto esperaríamos encontrarlo aquí. Y las derivaciones medievales del alfabeto griego en el mundo eslavo y el mundo africano (del copto sí se nos habla).

Y falta, un tanto escandalosamente, un capítulo sobre la escritura latina y sus derivados.

Este es el libro: excelente y práctico, aunque con limitaciones.

FRANCISCO R. ADRADOS

DI PALMA, C., *Le origini degli etrusci. Nuova luce da nuovi studi e scoperte*. Bologna, Pàtron, 2004.

Interesante este libro del prof. di Palma, que combate la hipótesis del origen itálico de los etruscos, la hipótesis de Pallottino que se convirtió en Italia en un dogma nacionalista. Felizmente, cada vez se le da más la razón a Heródoto, que hizo venir a los etruscos de Lidia; y al hecho de la identidad o casi identidad de la lengua de la estela de Lemnos y el etrusco. Así también, con toda clase de argumentos, opinó R. S. P. Beekes, cuyo libro reseñé en esta revista, 71, 2003, p. 374 s. Vengo sosteniendo esta tesis desde mi artículo en *JIES* 17, 1989 (1990) pp. 363-383.

Lo nuevo que aporta el presente libro es, sobre todo, una revisión total de los datos y un rechazo de teorías que pretendían descartarlos como simples coincidencias.

Comienza con un detalladísimo capítulo (I, «I dati antropologici», acompañado de mapas, dibujos de artefactos y cuadros estadísticos: junto a elementos indígenas, africanos o europeos, se encuentra, también, un tipo craneano egeo-asiático. Pero quizá es más conclusiva la «Indagine filologica» del cap. II, que nos hace ver los datos, en las fuentes hititas y otras, sobre los tirrenos en Licia y en el país de Arzawa, en la Propóntide y en Lemnos; no solo los tirrenos, también los pelasgos. Unos y otros son citados entre los Pueblos del Mar en las fuentes egipcias, en 1186. Esta es más o menos la fecha de su llegada a Italia. «La justa crítica de Pallottino a la cronología baja (de la llegada a Italia de los etruscos) en los siglos VIII y VII, no deja otra salida» (p. 57). La introducción de la cremación en los siglos XIII-X es otro apoyo. Influjos orientales posteriores son una cosa diferente, puramente cultural.

Los capítulos siguientes, del III al V, muy detallados y con buena bibliografía, sobre los datos arqueológicos, la religión y la cultura, no dejan duda sobre los orígenes minorasiáticos de los etruscos. Impresionan sobre todo datos del siglo VIII (como una *olpe* de Caere) que hacen ver la presencia tempranísima de los mitos griegos en Etruria.

Todo esto en la parte I del libro. La II está dedicada a la lengua etrusca y se abre con un buen estudio de la estela de Kaminia, la famosa estela de Lemnos, y de otras inscripciones de la misma isla. Por supuesto, las conclusiones son favorables al carácter etrusco de su lengua.

Más hipotéticas son algunas cosas del capítulo II, «Confronti linguistici». Se trata de coincidencias casi siempre léxicas con términos testimoniados en el Egeo y Asia, también con el rético (sobre este véase mi reseña de Rix en esta misma revista, 69, 2001, pp. 359-360). También habla de las inscripciones eteocretenses y tartesias y sus coincidencias léxicas con el etrusco. Hay aquí muchas cosas útiles y dignas de estudio, imposible explicar aquí el detalle. De lo que sí se podría haber aquí prescindido es de la hipótesis fino-ugria.

Y lo que habría debido hacerse, y me deja en realidad sorprendido que no se haga, es profundizar en los rasgos indoeuropeos, y concretamente del Indoeuropeo de Asia Menor, del etrusco, que he estudiado detalladamente en mis dos artículos de *JIES* (arriba citado) e *Historical Linguistics* 107, 1994, pp. 54-76. La adscripción

del etrusco (y lemnio) al Indoeuropeo asiático debe basarse, más que en coincidencias léxicas, en hechos morfológicos. Di Palma (e igual Beekes) calla sobre esto.

Evidentemente, su perspectiva es más bien arqueológica e histórica. Pero influye, de otra parte, la tradición terriblemente conservadora de la Lingüística Indoeuropea de tradición alemana, que sigue obstinándose en ver como único Indoeuropeo el reconstruido por Brugmann. Pero no es el único, antes de él hay un Indoeuropeo conservado en Asia Menor en el cual la flexión del nombre y verbo es mucho más elemental: monotemática, con sincretismos, uso de los temas puros con varias funciones, etc. Algunos lingüistas lo admiten, otros siguen aceptando como único un Indoeuropeo de la época en que aún eran desconocidos el hetita y otras lenguas indoeuropeas de Asia. Increíble, pero cierto.

Por no dar otra bibliografía, remito a mi *Manual de Lingüística Indoeuropea* (en colaboración), Madrid, 1995-98 (en prensa en inglés en Peters). Y a «The new Image of Indoeuropean. The History of a Revolution». *IF* 97, pp. 1-28.

Es muy decepcionante que se demuestre, con excelentes razones, el origen mino-asiático del Etrusco, y luego no se diga nada, prácticamente, sobre sus orígenes en las lenguas indoeuropeas de esa región.

Unas «Conclusioni» (pp. 153-159) se apoyan en un artículo mío («Torreadrada y Turégano: sobre tur- /turr-, *adrado-* y *danom*», en *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, pp. 571-57) en que hago un estudio de la raíz toponímica *tur* 'fuente, río' en Hispania. Di Palma sigue los rastros de esta raíz en Asia Menor y en el etrusco *turan*, que es la diosa-madre de la tierra. De aquí vendría el nombre de los etruscos. Es muy posible.

FRANCISCO R. ADRADOS

BÁDENAS DE LA PEÑA, P. - TORALLAS TOVAR, S. - LUJÁN, E. R. - GALLEGO, M. A. (eds.), *Lenguas en contacto: el testimonio escrito*. Madrid, CSIC, Manuales y Anexos de EMERITA, 2004. XX +320 pp.

He aquí una publicación colectiva que recoge la mayor parte de las aportaciones al "Primer coloquio internacional *Lenguas en contacto. De la Antigüedad a la Edad Moderna*", que tuvo lugar en Madrid y Toledo en el mes de octubre de 2003. Omitiré su reseña descriptiva completa, en primer lugar porque la mayor parte de sus contenidos no encajan en el marco temático de una revista de Lingüística y Filología Clásica, y también porque están ya publicados en la página *web* del Instituto de Filología del CSIC ([www.filol.csic.es](http://www.filol.csic.es), enlace "Lenguas en contacto") los resúmenes, en español y en inglés, de todos los trabajos que ahora se publican, así como los de algunos que no se han incorporado al volumen. Por otra parte, la primera de las dos introducciones (pp. IX-XX), a cargo de P. Bádenas, consiste en un detallado resumen de la segunda introducción (S. Thomason, pp. 1-14) y de los diecinueve trabajos que componen el volumen, repartidos en cinco bloques: 1. «Niveles de bilingüismo e interferencias lingüísticas» (6 artículos, pp. 15-126); 2. «Transferencia cultu-

ral» (4 art., pp. 127-194); 3. «Lenguas de prestigio» (4 art., pp. 195-258); 4. «Traducción» (3 art., pp. 259-286; y 5. «Sistemas de escritura» (2 art., pp. 287-320).

Bajo el título «Determining Language Contact Effects in Ancient Contact Situations», la segunda introducción traza a grandes rasgos un panorama de esta línea de trabajo relativamente muy nueva – y todavía en el estadio de “muy prometedora” –, mencionando sólo de pasada la esencial interdisciplinariedad de los estudios que tienen cabida bajo la rúbrica “lenguas en contacto” para centrarse breve y someramente en los dos aspectos de ese asunto que propiamente pertenecen al dominio de la Lingüística, a saber, los préstamos léxicos y las interferencias estructurales entre “lenguas en contacto”.

Tratándose de una “introducción”, hay que observar, y hasta señalar con insistencia, que en la práctica totalidad de los casos tal planteamiento es muy poco realista, por cuanto es evidente que, se mire como se quiera mirar, el contacto entre lenguas no es nada más que reflejo y manifestación de un contacto – y, casi siempre, de un conflicto – entre culturas.

Hay, ciertamente, excepciones, como el caso particular al que se refieren las sugerentes reflexiones de J. de Hoz («De cómo los protogriegos crearon el griego y los pregriegos lo aprendieron», pp. 35-56) acerca de la huella que en la estructura fonética y gramatical del griego – creado a partir de la lengua indoeuropea de los “protogriegos” – debieron de dejar los “pregriegos” autóctonos de lengua no indoeuropea.

Pero casos como ése son, insisto, puras y rarísimas excepciones: lo regular es que incluso el estudio de hechos estrictamente gramaticales deba estribar en la consideración de circunstancias históricas y culturales. Ahí está, por ejemplo, el interesante trabajo de J. A. Álvarez-Pedrosa Núñez, «La estandarización del antiguo eslavo y sus modelos griegos y latinos: el conector oracional *že*» (pp. 271-280).

Más aún: muy a menudo la consideración de esas circunstancias dejará forzosamente en segundo plano los aspectos lingüísticos de un caso de “lenguas en contacto”. Véase, por ejemplo, lo que acerca del sánscrito en tanto que lengua sagrada de una diversidad de creencias escribe y señala E. R. Luján («El uso religioso de la lengua sánscrita», pp. 207-224).

Ahora bien, si es muy cierto que el estudio de las “lenguas en contacto” no se puede reducir a sus aspectos puramente lingüísticos, no es menos verdad que la consideración de éstos no puede supeditarse a la de las circunstancias históricas, sociológicas, etc., que es lo que suelen hacer esos románticos – y, por ello, poco rigurosos – paladines de las lenguas minoritarias “amenazadas” o “sojuzgadas” por otras: toda la panoplia de éstos parece estar constituida por aquello de la lengua “compañera del imperio” de la dedicatoria de Nebrija, que casi todos parecen citar de oídas, y por el hecho de que los préstamos léxicos y las interferencias estructurales – salvo en comarcas fronterizas, de lengua mixta más que bilingües – se dan sólo cuando hay invasión o colonización, y no son nunca el resultado de una relación entre iguales, a pesar de que la lengua “colonizada” – o “invadida”, o “sojuzgada”, esto es lo de menos – suele aportar algo a la lengua “colonizadora” – o “invasora”, o “dominante” –, pero infinitamente menos de lo que recibe de ella.

Aunque lo cierto es que prácticamente todos los autores de este volumen colectivo – hay alguna excepción, pero me abstengo de señalarla – dan muestras de haber tenido muy presentes esas observaciones, me parece que no está de más seguir recalcando que en el estudio de los casos de “lenguas en contacto” no son de recibo ni los planteamientos puramente ideológicos ni, en principio, tratar la cuestión como si ésta fuera estrictamente lingüística.

En conclusión, creo que hay que felicitar a los editores y autores de este volumen, agradeciendo que con sus aportaciones hayan hecho adelantar un poco más una línea de trabajo que, por el momento, es desde luego muy prometedora. Especialmente porque hay que esperar que en un futuro próximo conduzca al estudio en extensión y en profundidad de un caso de contacto entre dos lenguas – la griega y la latina – en la Antigüedad Clásica del que no se ha ocupado ninguno de los trabajos recogidos en esta publicación.

L. C. PÉREZ CASTRO  
IFL- CSIC

URREA MÉNDEZ, J., *El léxico métrico de Hefestión*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 2003, 751 pp.

La publicación de un Léxico de autor es siempre bien acogida, pero es especialmente bienvenida cuando se trata del vocabulario de una materia técnica. En este caso el Léxico es doblemente valorado ya que se trata del primero que aborda a un autor que, a su vez, es el primero en utilizar un vocabulario específico métrico en un manual de métrica griega. Estamos en el s. II d.C. y anteriores a Hefestión hay unos cuantos autores que nos han legado obras de música o gramática, autores griegos o latinos que se habían ocupado de cuestiones relacionadas con la poesía, la música y la métrica. La particularidad del autor cuyo léxico aquí se presenta es la de que el vocabulario empleado para su manual es ya inequívocamente técnico. Su análisis y estudio es, por tanto, una aportación importante a la Lexicografía griega y no una “aportación más” como modestamente nos lo presenta su autora. Hay que tener en cuenta que lo único que teníamos para este autor era un índice final selectivo (ed. Consbruch 1906), del estilo de los que eran frecuentes en las antiguas ediciones de la Teubner, índices que si bien han hecho su papel a la Lexicografía griega general, actualmente están siendo superados por índices y léxicos más modernos y completos.

Junto al vocabulario del propio Hefestión y para mejor interpretarlo se incluye, en este libro, como complemento el de algunos comentarios y escolios que fueron añadidos a la obra por Consbruch. El Léxico, resultado final de un trabajo de tesis doctoral, además del vocabulario propiamente dicho, contiene un índice de los nombres propios y obras citadas que aparecen en la mencionada edición. El objetivo en palabras de su autora es “profundizar en la terminología que permita comprender la obra de Hefestión” tratando de dejar muy clara la separación entre métrica y proso-

dia, objeción que se le hace al índice de Consbruch. Las características formales de presentación del Léxico son las normales al uso, e.d., los lemas se dan rigurosamente alfabetizados y en el enunciado usual de todo diccionario.

En cuanto a la metodología propuesta para analizar y describir este vocabulario técnico es la seguida por otros autores de Léxicos entre los que se encuentra el *Lexikon des Frühgriechischen Epos* dirigido por B. Snell. Cada artículo lleva una serie de apartados con los que se hace un exhaustivo recorrido por la palabra tendente a llevarnos a un amplísimo comentario final sobre cada término. Los apartados en los artículos más completos pueden ser hasta nueve: etimología, frecuencia, dialecto/ortografía/acento, textual, escolios, compuestos y derivados, significado variantes, comentario. Hay también referencias a bibliografía dentro de los artículos. Todo ello hace de este Léxico un buen estudio de terminología métrica cuyo empleo será utilísimo para muchos trabajos sobre autores griegos antiguos de métrica – también de autores modernos que se ocupen de esa materia –, y hará un grandísimo favor a los que tienen como tarea la realización de diccionarios parciales o completos de la lengua griega.

Lo que no es seguro es que resulte de fácil manejo. No lo ha sido, al menos, para quien escribe esta reseña, ya que en ocasiones le ha llevado su tiempo el encontrar entre tanta información la traducción dada a los términos, objetivo que por otra parte suele ser uno de los primeros de una obra llamada Léxico. He de confesar que esta metodología, aunque haya sido la empleada por buenos especialistas, hace que, en algunos casos –en éste en concreto lo es–, un Léxico acabe siendo algo oscuro y farragoso. Al leer éste, me ha quedado la idea de que hay apartados que pueden ser muy interesantes y oportunos para otro tipo de obras, pero en mi opinión no los requiere en absoluto un Léxico como éste. Señalaré brevemente algunos de los aspectos negativos que he encontrado y empezaré por comentar algo sobre los datos que todo Léxico debe llevar antes de su inicio para que éste resulte fácil de usar. No dice en ninguna parte destacada las abreviaturas de las obras objeto de estudio y que se van a estar citando continuamente. Aunque se haga referencia a las abreviaturas de los grandes diccionarios griegos, pienso que todo Léxico debe empezar por decir cómo se van a abreviar y citar los autores y obras objeto del estudio. Solamente en p. 3 primera línea y sin destacar se dice “El texto griego de esta Tesis coincide en páginas, capítulos y párrafos con la edición mencionada ...” Eso es una forma muy oscura de decir cómo uno cita en el léxico. Algunos otros fallos se refieren al estudio léxico propiamente dicho. ¿Por qué se llama “etimología” al apartado en el que se refleja el uso diacrónico de la palabra y los diferentes significados que dan los diccionarios? ¿Por qué, por otra parte, no se limita este apartado a los usos de autores que pudieran suponer un verdadero precedente y antecedente del uso en nuestro autor?. Pienso que ha sido un camino equivocado y para palabras polisémicas no creo que tiene sentido el reproducir lo que dicen los diccionarios generales. Por ejemplo, entiendo que *aképhalos* “verso sin cabeza” vaya precedido del testimonio de Hdt.4.191 con el significado *descabezado, sin cabeza, acéfalo* referido a unos seres que carecen de ella, porque será el sentido que dé pie a Platón para el uso figu-

rado del adjetivo refiriéndolo a algo que, en sí, no tiene cabeza, el *lógos*. Pero ¿para qué esa larga lista de usos contemporáneos de Hefestión (Plutarco, Luciano, etc.) o posteriores sin contexto ni explicación que ya no aportan nada al uso métrico? Sobran muchas cosas en cada artículo y con ello lo único que se hace es estorbar el objetivo. Innecesario del todo era escribir cada vez en griego el contexto de un término usado 19 veces que no tiene 19 contextos distintos (ej. ἰωνικός), aunque cambie el número o el caso. No tiene sentido dar todas las veces que los autores de métrica dicen ἰωνικός. Para apreciar bien un Léxico lo más útil y eficaz es dar un contexto lo más breve posible, e.d., el suficiente para entender bien el término y sus uso: en éste se dan pasajes larguísimos en los que se pierde uno y que, en mi opinión, suelen resultar innecesarios. En el apartado “sign.” habría bastado el o los significados, porque el traducir todos los contextos, ¿a qué lleva si no hay nuevas acepciones?. Cosa diferente es el apartado del comentario final, donde me parece que se hace un buen trabajo y que es de lo que más merece la pena, aunque también le sobra contexto griego. No deseo extenderme más en los aspectos negativos de este Léxico, porque creo que sus valores en el contenido son superiores, aunque no quiero dejar de señalar que otra de las cosas que hacen este Léxico de difícil manejo es el no haber destacado los lemas con alguna de las muy variadas maneras que existen para ese efecto, siendo una de las más frecuentes el uso de la negrita. En suma, el Léxico de Hefestión es un buen trabajo de lexicografía y da en el clavo sobre su oportunidad dentro de los vocabularios de tipo técnico. Sólo olvida cuidar algunos aspectos formales y de claridad que deberíamos exigirnos para este tipo de obras.

M. D. LARA NAVA  
IFL - CSIC